

N.º 7

Mamua

M. R.

El Rey del Frío

20 Cts.



HECHO EN CHILE POR
UNIVERSO

Ed. Duart

mamita

^{M. R.}
Revista Semanal de Cuentos Infantiles

DIRECCION: Bellavista 069, Casilla 84-D SANTIAGO

AÑO I. N.º 7. Santiago de Chile, 31 de julio de 1931

PRECIO: 20 Cts. Ejemplar. — Subscripción anual \$ 9.—

Concurso de "AVENTURAS de MININO"

Con tanto ingenio los lectores de «Mamita» han puesto palabras al cuento mudo que publicamos en el N.º 4, que las damos a conocer impresas en otra página de este ejemplar. Los favorecidos con los premios y las menciones honrosas son:

1.er Premio: Bernardo Olhagaray, Arauco.

2.o Premio: Hilda Contador, Manuel Rodríguez 850, Santiago.

3.er Premio: Beatriz Marín, Los Leones 92, Santiago.

Menciones honrosas

César Marcelo Campos, Casilla 560, Temuco.

Adriana Vera, Agustinas 2149, Santiago.

Amelia Valderrama, Carmen 881, Curicó.

Eva García, Casilla 14, Freire.

Yayito Silva O., Merced 653, Santiago.

Lucy Briseño, Ecuador 337, Valparaíso.

Leonie Sepúlveda, Angol.

Graciela Espinoza, Casilla 4577, Correo 2, Santiago.

Jorge Aldunate Salas, Teatinos 453.

René Alvarez, Cagorzo 1299, Santiago.

Aída Malbrán, San Fernando, Correo.

Raúl Navarro, 5 de Abril 3923, Santiago.

Emma Lillo, Garibaldi 115, Cerro La Cruz, Valparaíso.

Olga Bravo, Delicias 2469, Santiago.

María González, Alameda 227-B, Santiago.

Waldemar Evers, Baquedano 776.

Merecen igualmente mención honrosa los siguientes niños que enviaron muy lindos dibujos coloreados:

Inés Hanna, Casilla 12, Peumo.

Nemesio Quiroz, Temuco, Casilla 420.

Josefina Hananías, Casilla 321, Puerto Montt.

Juan R. Contreras, Renaico.

Lucas E. Bustamante, Loncoche.

Marcelo Campos, Casilla 560, Temuco.

Chita Vásquez, Melipilla a San Pedro.

Carmela Díaz, Vicente Zorrilla 24, La Serena.

Ricardo Quezada, Santa Bárbara.

Alfonso González, Desvío Norte 59, Antofagasta.

Elba Trujillo, Erchilla, Calle Qui-lapán 310.

Enrique Vargas, Estación San Gabriel.

Lidio Hormazábal, Cerro Mariposa, Valparaíso.

Jaime Concha, Petorca.

El Rey

del Frío



ESTO pasó en la Cordillera, en cuyas quebradas hay inmensos bosques de raulíes y de pellines y donde la nieve cae con tal abundancia en el invierno que cubre los bosques de una sábana blanca.

En una de esas quebradas vivía un matrimonio. El padre había sido viudo y de la primera esposa le quedaba una niña que se llamaba Margarita. De la segunda tenía dos hijas: Berta y Sara.

Estas eran las regalonas de la madre. Para la hijastra Margarita no había sino trabajos y malos tratos.

Y, sin embargo, Margarita podía servir muy bien de modelo, pues, además de

linda, era muy modesta y trabajadora. Se levantaba al amanecer; iba en busca de leña y de agua, encendía el fuego, barría, daba de comer a las gallinas y se esforzaba en agradar a su madrastra, soportando pacientemente cuantos reproches le hacía, aunque fueran injustos. Sólo cuando ya no podía más, se sentaba en un rincón a llorar.

Sus hermanas, con el ejemplo que recibían de su madre, le dirigían frecuentes insultos y la mortificaban grandemente; acostumbraban a levantarse tarde, se lavaban con el agua que Margarita había traído para el almuerzo y, en vez de lavarse ellas los vestidos, se ponían los que Margarita había lavado y aplanchado para sí.

El padre se compadecía de su hija mayor; pero estaba ya viejo y cansado de re-

ñir con su mujer, de modo que dejaba que ésta hiciera su voluntad.

Así crecieron las jóvenes y cuando estuvieron en edad de casarse, comprendió la madre que nadie se fijaría en sus hijas, mientras Margarita les hiciera sombra con su belleza, y determinó deshacerse de ella cuanto antes. Un día se le ocurrió una idea perversa y le dijo a su marido:

—Hoy han pasado por aquí unos arrieros con un gran piño de animales que bajaban de la cordillera y me han dicho que allá arriba hay un Rey que desea casarse con Margarita y que la espera. Mañana de madrugada tienes que ir a dejársela a su palacio.

—Y tú, hijita querida—continuó melosamente, dirigiéndose a Margarita—, te vestirás con tus mejores trapitos y juntarás tu ropa en una caja para que te vayas a vivir allá.



— 9 —
“Le regalé un cofrecillo...”

at

Al día siguiente, la niña se levantó al amanecer, se lavó cuidadosamente, recitó sus oraciones, puso lo poco que tenía en un pequeño baúl y se engalanó con su mejor vestido. Y en verdad que era muy linda.

El viejo engancho el caballo a una carretita montañesa, los puso frente a la puerta de la cabaña y dijo:

—Ya está todo listo, y tú, Margarita, ¿estás también preparada?

—Sí, estoy pronta, padre mío.

—Bien—, dijo la madrastra—ahora es preciso que comáis.

El anciano padre, lleno de asombro, pensó: «¿Por qué estará hoy tan atenta la vieja?»

Cuando terminaron el desayuno, dijo la esposa al asombrado viejo y a la hijastra:

—Tu novio, Margarita, es el Rey del

Frío. No es joven ni galán, pero tú, ¿qué más puedes desear?

El anciano dejó caer la cuchara, que aun tenía en la mano, y con los ojos llenos de espanto, miró suplicante a su mujer.

—¡Por Dios, mujer!—le dijo—. ¿Perdiste el juicio?

—No sirve ya que protestes. Yo ya le mandé decir que bueno, que le daríamos a Margarita en matrimonio. Y, por lo demás, no tienes de qué quejarte. Es un novio rico. Cuando llega el invierno por todas las montañas extiende su manto de plata. No tendrán ustedes que andar mucho para encontrarlo. Irán hasta la primera encrucijada del camino; luego torcerán hacia la derecha, seguirán por la quebrada hasta que entren en el bosque y allí, debajo de un roble altísimo, dejarás tú a Margarita. No te olvides de las señas,

porque mañana volverás a hacerle una visita a tu yerno. ¡Ea! Es preciso que no pierdan ustedes el tiempo!

Había principiado ya el invierno; bajaba de los cerros un viento huracanado, áspero y cortante, como si trajera nieve. Los pájaros caían muertos de frío y los árboles, sin una hoja, parecía que no tuvieran fuerzas para resistir el látigo del frío y las pedradas de los granizos.

El deses-

“Incomodóse la
vieja al oírlo...”



perado viejo abandonó el banco donde estaba sentado, acomodó en la carretita montañesa el equipaje de su hija, la arropó bien con un poncho y, al fin, se pusieron los dos en camino.

Cuando llegaron a la quebrada, se internaron en ella. Pronto comenzó el bosque tan frondoso y tan espeso que parecía infranqueable. Al llegar bajo un altísimo pino hicieron alto, y el viejo dijo a la hija:

—Baja, Margarita.

Ella obedeció y su padre descargó de la carretita el baúl que puso al pie del árbol, hizo que su hija se sentara en él y dijo:

—Dios te acompañe, Margarita, y si ha de ser la voluntad del Señor que te cases con el Rey del Frío, sé buena esposa.

Se despidieron y el padre volvió a tomar el camino de su casa.

La pobre niña, al quedar sola al pie del altísimo roble, sentada sobre su baúl, sintió gran tristeza. Al poco rato empezó a tiritar, pues hacía un frío intensísimo, que la iba invadiendo poco a poco. De pronto, oyó allá a lo lejos al Rey del Frío que hacía gemir al bosque saltando de un coihue en otro, y doblando a su paso las ramas de los litres, las pataguas y los quillayes. Por fin llegó hasta el roble altísimo y, al descubrir a Margarita, le preguntó:

—Doncellita, ¿tienes frío?

—No, no tengo frío, abuelito—contestó la infeliz muchacha, mientras daba diente con diente.

El Rey del Frío fué descendiendo por entre las ramas del roble que crujían como si fueran a quebrarse, y ya muy cerca de Margarita le interrogó otra vez:

—Doncellita, ¿tienes frío?

"El rey sopló sobre ellas de tal modo, que las jóvenes quedaron yertas"



La pobrecita niña no pudo responder, porque ya comenzaba a quedar helada.

Entonces el Rey sintió gran compasión por ella y la arropó bien con abrigos de una lana más suave que la lana de las vicuñas; le envolvió cuello y manos con unas pieles preciosas y luego le regaló un cofrecillo en el que había mil prendas lujosas y de valor, unos trajes de seda y terciopelo y muchísimas piedras preciosas.

—Me conmoviste, niña—, le dijo—por tu docilidad y tu obediencia.

Al día siguiente, la madrastra se levantó con el alba y se puso a freír picarones y a hacer tortillas, para celebrar la muerte de Margarita.

—Ahora—dijo a su marido—, anda a presentar tus respetos a tu yerno.

El viejo, pacientemente, engancho el caballo a su carretita montañesa y marchó. Cuando llegó al pie del roble, no da-

ba crédito a sus ojos: Margarita estaba sentada sobre el baúl, como la dejó la víspera, sólo que estaba muy contenta, abrigada con preciosos chales y pieles, adornadas sus orejas con magníficos pendientes y a su lado se veía un soberbio cofre de plata labrada.

Apenas si podía cargar el viejo tanto tesoro en su carretita montañesa. Cuando pudo disponerlo en ella, hizo subir a su hija, y sentándose a su lado, arreó al caballo camino de la cabaña.

Mientras tanto, la vieja, que seguía en su tarea de freír picarones, sintió que el perrillo ladraba debajo de la mesa:

—¡Guau! ¡Guau! Margarita vuelve cargada de tesoros.

Incomodóse la vieja al oírlo y la rabia le hizo coger un leño que arrojó al animal:

—¡Mientes, perro! El viejo trae sola-

mente los huesos helados de Margarita.

Al fin sintióse llegar la carretita y la vieja se apresuró a salir a la puerta. Quedó asombrada. Margarita venía más hermosa que nunca, sentada junto a su padre y ataviada ricamente. Junto a sí traía el cofre de plata, regalo del Rey del Frío.

La madrastra disimuló su rabia, acogiendo con muestras de alegría y de cariño a la muchacha y la invitó a entrar a la cabaña, haciéndola sentar en la mejor silla que tenían.

Sus dos hermanas se pusieron amarillas de envidia al ver los ricos presentes que le había hecho el Rey del Frío, y pidieron que las llevaran a ellas también al bosque.

—El Rey no te ha encontrado digna de ser su esposa y sólo te ha hecho algunos regalos. Seguramente que se casará con

alguna de nosotras dos y entonces seremos dueñas de todas sus riquezas.

Igual cosa pensó la madre, así es que a la mañana siguiente hizo que se vistieran con sus mejores vestidos y preparó todas las cosas nece-



Adduard

“La acomodó en
carretela montañ
sa...”

sarias para el viaje. Despidiéronse de su madre, y, en la carretita montañesa, las llevó el anciano hacia el mismo sitio donde quedara la víspera la hermana mayor. Y allí, bajo el roble gigante, las dejó.

Sentáronse las dos jóvenes una junto

a otra, decididas a esperar y entretenidas en calcular las enormes riquezas del Rey del Frío. Llevaban abrigo bien gruesos, pero, no obstante, empezaron a sentir mucho frío.

—¿Dónde se habrá metido ese Rey?— dijo una de ellas—. Si continuamos así mucho rato llegaremos a helarnos.

—¡Y qué vamos a hacer! — dijo la otra—. ¿Te figuras tú que novios del rango del Rey del Frío no se hacen esperar? Y a propósito, ¿a quién crees tú que elegirá: a tí o a mí?

—Desde luego, creo que a mí, porque soy la mayor.

—¡No te engañes! ¡Me escogerá a mí!

—¡Ni tonto que fuese!

Ensalzáronse en palabras y concluyeron por reñir seriamente. Y riñendo estaban cuando oyeron al Rey del Frío que

se acercaba, quebrando ramas y saltando de un coihue a otro.

Enmudecieron las jóvenes y sintieron al fin, sobre el roble altísimo, a su presunto prometido, que les decía:

—Doncellitas, doncellitas, ¿t e n é i s frío?

—¡Oh, sí, abuelo! Sentimos demasiado frío. ¡Un frío insoportable! Esperándote casi nos hemos quedado heladas. ¿Dónde anduviste para no llegar hasta ahora?

Descendió un tanto el Rey del Frío, haciendo gemir más al roble, y volvió a preguntarles:

—Doncellitas, doncellitas, ¿t e n é i s frío?

—¡Vete allá, viejo estúpido! Nos tienes medio heladas y todavía nos preguntas si tenemos frío! ¡Vaya! ¡Mira que venir encima con burlas! Danos de una

vez los regalos o nos marcharemos inmediatamente de aquí.

Bajó entonces el Rey del Frío hasta el mismo suelo e insistió en la pregunta:

—Doncellitas, doncellitas, ¿t e n é i s frío?

Sintieron tal ira las hijas de la vieja, que ni siquiera se dignaron contestarle, y entonces el Rey también sintió enojo y sopló sobre ellas de tal modo que las jóvenes quedaron yertas en la misma actitud violenta que tenían; y aún todavía el Rey del Frío esparció sobre ellas una gran cantidad de escarcha, alejándose, por fin, del bosque saltando de un coihue en otro y doblando a su paso las ramas de los litres y de los quillayes.

Al día siguiente dijo la mujer a su esposo:

—¡Anda, hombre! Engancha de una vez el caballo y lleva contigo las mejores

mantas, pues con seguridad que, a pesar de los regalos que tengan, sentirán mucho frío. ¿No ves el tiempo que está haciendo? ¡Anda de prisa!

El anciano hizo todo lo que le decía su mujer y marchó a la quebrada en busca de las hijas. Al llegar al sitio donde quedaron las doncellas, levantó las manos al cielo con gesto desesperado y lleno de estupor; sus dos hijas estaban heladas, muertas, bajo el altísimo roble. Apenas si pudo cargarlas hasta la carretita y dirigirse a casa.

Entretanto, la vieja preparaba una comida succulenta para festejar a sus hijas; pero el perrito ladró de nuevo esta vez, desde debajo de la mesa:

—¡Guau! ¡Guau! ¡Viene el viejo, pero trae sólo los huesos helados de tus hijas!

La mujer, encolerizada, le arrojó un leño.



“Venían tendidas y yertas en el fondo de la carretela...”

—¡Mientes, perro! El viejo vuelve con nuestras hijas cargadas de tesoros.

Por fin llegó el anciano y salió la esposa a recibirle, pero quedó como petrificada: las dos hijas venían tendidas y yertas en el fondo de la carretita.

—¿Qué hiciste? ¿Qué hiciste con mis hijas, con nuestras niñas adoradas?

—¡Qué quieres que le hagamos, mujer! —repuso el viejo con desesperado acento—. Todos hemos tenido la culpa y ahora ya no tiene remedio.

Desesperóse y lloró la mujer con lágrimas de amargura y se rebeló contra el marido; pero el tiempo mitigó penas y rencores, y al final hicieron las paces. Y desde entonces fué más cariñosa con Margarita. Un joven arriero pasó un día por su cabaña con un gran piño de animales que llevaba a las pastadas cordilleranas. La vió y quedó prendado de ella. Cuando

regresó, se casaron y con ellos se fueron a vivir los dos viejos, ya consolados de sus penas. Nunca les faltó nada y vivieron juntos muy felices.

DIGA MI NIÑO SU ANTOJO

Voy por el prado esmeralda,
voy con mi niño en el prado:
se abrió la dalia silvestre,
se abrió el jacinto rosado,
y entre los ramos de acacias
vuela el insecto dorado.

¿La linda pluma más fina
del más lindo pajarito,
el velloncito más suave
del más blanco corderito
o la mariposa azul
quiere mi niño bonito?

Diga mi niño su antojo...
No tiene más que escoger...
¡Para alegrar a mi niño
es inmenso mi poder!

CLAUDIA LARS.

NO DEJE USTED LEER

en el Próximo Número el Hermoso Cuento

EL PATITO FEO

UN PREMIO MAGNIFICO!

A continuación damos detalles sobre uno de los premios con que contamos para nuestro gran

CONCURSO DE PASCUA

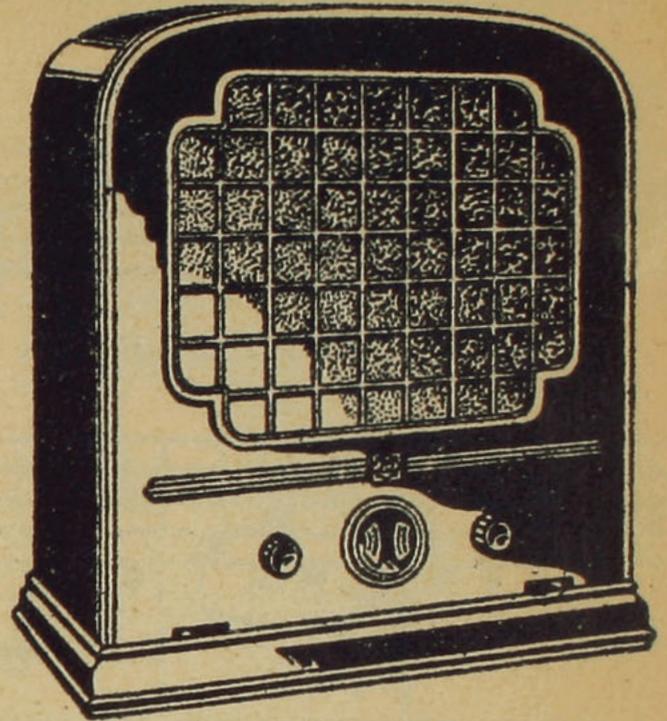
Se trata de un aparato receptor de radio, para corriente alterna o continua, de valor de

\$ 550

Receptor y alto parlante en una de las mejores presentaciones y calidad insuperables de la afamada marca

TELEFUNKEN

mod. 33 — L. y donado por la Casa **SIEMENS SCHUKERT LTDA.**



BASES DEL CONCURSO:

- 1.º—El concurso se efectuará por canje de cupones. Estos cupones serán numerados, y será necesaria la presentación de series completas para su canje por números para el sorteo.
- 2.º—Se obsequiarán diez números a cada niño que se haga acreedor a un primer premio en los concursos semanales, 7 al 2.º y 5 al 3.º. Se obsequiarán 3 números a los que obtengan menciones honrosas.
- 3.º—Por cada suscripción anual, ordenada a partir del 1.º de agosto, se obsequiarán 20 números. Por las suscripciones semestrales, 5.

C U P O N

mamita

M. R.

CONCURSO DE PASCUA
N.º 1

Una serie de 5 cupones dará derecho a un número.

EL CANJE DE CUPONES

comenzará el 1.º de septiembre próximo. ¡Empiece a juntarlos desde ahora!

EN EL PROXIMO NUMERO

daremos a conocer otros valiosos premios.

L A A

A Josefina Osorio Florit

ALLEGRO VIVACE

CANTO

Un tesoro del taller es la aguja es la a-guja un te-

PIANO

soro del ta-ller es la aguja de coser. Tan bri --- llante tan pe-

G U J A

Narcisa Freixas

queña no la cansa el traba -- jar por ta - re - a que la

pongas e - lla no se ha de que -- jar

Las estrofas siguientes de este canto, aparecerán en el próximo número.

SOLUCIONES PREMIADAS

del Cuento Mudo "AVENTURAS DE MININO"
aparecido en el número 4 de

mamita
M. R.

PRIMER PREMIO:

de **BERNARDO OLHAGARAY, Arauco**

Escena I.

Hallábanse dos gatitos
en grata conversación,
cuando disparo certero
vino a herir a Zapirón.

Escena II.

Para buscar al autor
de tan maligna traición,
trepáronse presurosos
arriba de un gran cajón.

Escena III.

Al peso de los gatitos
desarmóse aquel cajón
encontrando allí dentro
al travieso picarón.

Escena IV.

¡Pobre Minino,
que chasco llevó;
si viene por otra,
le sale peor!

SEGUNDO PREMIO:

de la Srta. **HILDA CONTADOR, M. Rodríguez 850 Stgo.**

I

Morrongo y Lulú,
buscando a Minino
corren y se escapan
como unos ladinos.

II

Minino, escondido
dentro del cajón,
dispara una bola
a Lulú, el guatón.

III

Este, tan pesado,
rompe aquel cajón
saliendo Minino
preso en un tablón.

IV

Minino asustado
quiere escapar luego,
quedando cazado
en su mismo juego.

ALAS DE TORNASOL

La mariposa Alas de Tornasol y la margarita Corazón de Oro son grandes amigas. Corazón de Oro brinda a su amiga abrigo y descanso en su corola, y Alas de Tornasol le cuenta todo lo que ve y oye en sus paseos por el mundo de las flores, de los insectos y de los pájaros.

Un día Alas de Tornasol revoloteaba no lejos de su amiga. De pronto se sobresaltó. Una niña se disponía a cortar la margarita.

La mariposa, que sabía cuánto amaba su amiga el prado, el sol, el rocío, la brisa, la vida en fin, resolvió salvarla. Comenzó entonces a revolotear valerosamente en torno de la niña, casi al alcance de su mano. Y la niña, seducida por la linda mariposa, se olvidó al instante de la margarita para perseguir al insecto.

Alas de Tornasol sabía que arriesgaba sus alas, pero amaba a la margarita y estaba dispuesta a sacrificarse por ella. Poco a poco alejó a la niña de la flor y la condujo fuera del prado, no sin peligro y sin susto. Por fin vió que la niña desistía de seguirla y se iba por otro camino. Entonces, regresó anhelante al lado de su amiga, para contarle la aventura.

PROBLEMA N.º 6

123456789

Tenemos aquí los números de 1 a 9. Quitando uno de esos números y multiplicando los restantes, en el orden en que se encuentran por otro número, el resultado estará compuesto por números 1 solamente. ¿Cuál fué el número que se quitó y cuál el que se empleó como multiplicador?

(La solución en el próximo número)

Solución al Problema N.º 5

Aparecido en nuestro número anterior.



EL LEGADO.—El problema de repartir 7.000 pesos entre tres criados en proporción al tiempo de servicio de cada uno y considerando que el mayordomo había servido triple tiempo que el cocinero y el “chauffeur” doble tiempo del mayordomo, se resuelve así: el “chauffeur” sirvió seis veces tanto como el cocinero. y el mayordomo tres veces tanto como el cocinero. Divídese, pues, el legado en 10 partes de 700 pesos cada una. El “chauffeur” recibe seis partes, o sea 4.200 pesos; el mayordomo, tres partes (2.100 pesos) y el cocinero, una parte (700 pesos).

CONCURSO DE DIBUJOS

Gánese una Colección de

mamita

M. R.

LA REVISTA SEMANAL DE CUENTOS INFANTILES

Regalamos una subscripción de un trimestre al chico que ilumine este dibujo con más hermosos colores.

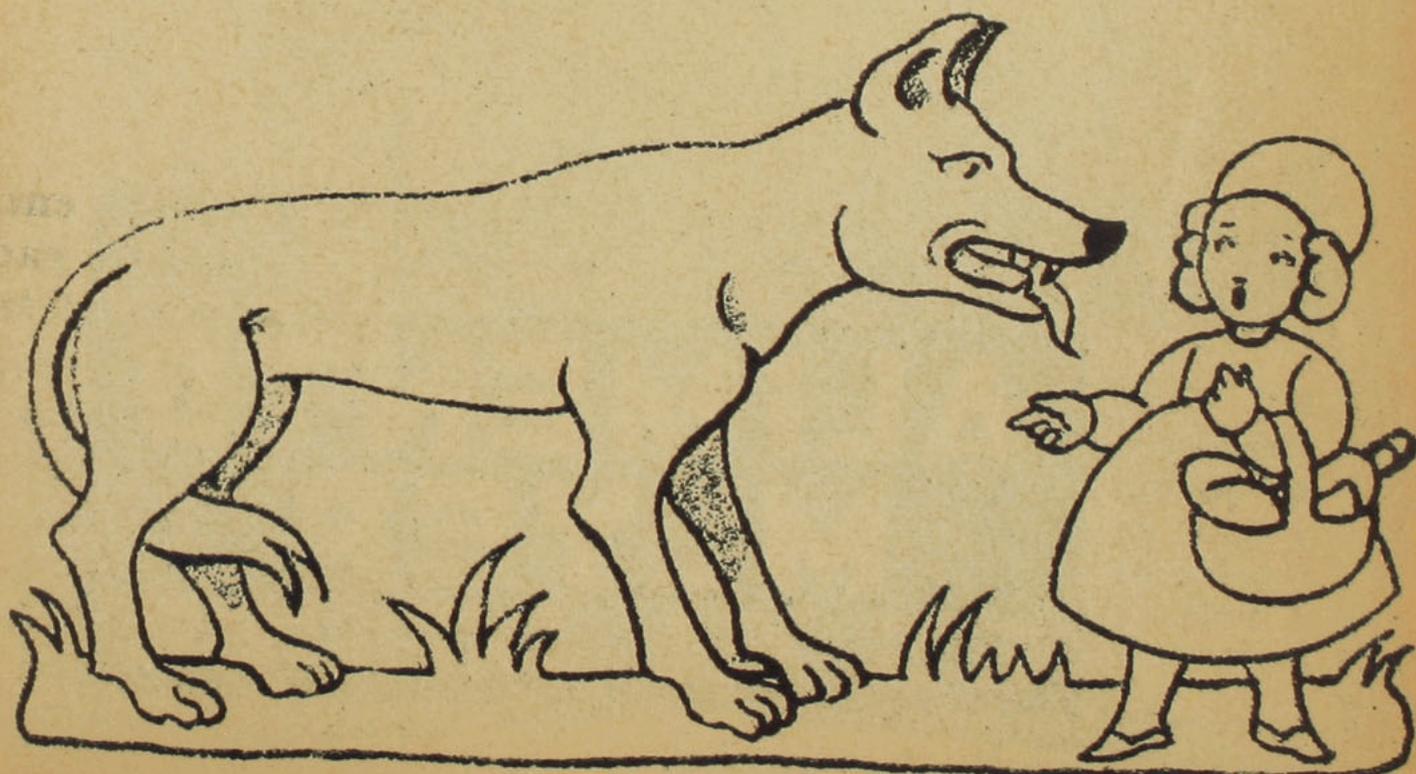
Envíe su dibujo iluminado a
CONCURSO DE DIBUJOS DE LA REVISTA DE CUENTOS
INFANTILES

Casilla 84-D. — Bellavista 069. — Santiago.

Córtese por las líneas de puntos.

Nombre del dibujante

Dirección





Fundación
de Santia-
go, 12 de
febrero de
1541.

**ALIMENTO
MEYER
ES EL MEJOR**

M. B. A base: Harina calcinada, cacao seleccionado desgrasado, fosfatos, azúcar, etc.